



## En pos de una política industrial europea proactiva

A FONDO

Antonio Tajani y  
Günther Oettinger

La competitividad de la industria europea depende cada día más de los costes de la energía. El motivo es muy simple: en Europa, los precios energéticos han aumentado sustancialmente en los últimos siete años, en concreto un 27% entre 2005 y 2012. Hoy por hoy, los costes de la energía son, después de los laborales, el componente fundamental de los costes de todas las industrias. No hace falta ser una empresa de elevada intensidad de consumo energético, como el productor alemán de aluminio Trimet AG, cuya factura de electricidad representa más del 40% de sus costes de producción, para verse afectado por la carestía de los precios de la energía. También otras empresas, especialmente las que exportan, se ven afectadas. Las perspectivas de cara a un futuro próximo tampoco son buenas: los precios de la energía en Europa, que figuran ya entre los más altos del mundo, seguirán probablemente aumentando. Una de las razones es que la Unión Europea ha decidido transformar su sistema energético a fin de adaptarlo a una sociedad con bajo nivel de emisión de carbono, primero para alcanzar los tres objetivos acordados de aquí a 2020 y, posteriormente, para cumplir el objetivo de emisiones definido de cara a 2050. Esta transformación exigirá en los próximos años enormes inversiones.

Por el contrario, en otras regiones del mundo, en particular Estados Unidos y Canadá, los precios de la energía se mantienen más o menos estables. Con la revolución del gas de esquisto, se espera, incluso, que esta tendencia prosiga en un futuro. El descubrimiento y la explotación a gran escala de gas no convencional no solo redujeron radicalmente la dependencia de Estados Unidos de las importaciones. Al ser más barato que otras fuentes, está impulsando una tendencia bajista de los precios de la energía, en primer lugar y ante todo del gas –el precio al por mayor del megavatio-hora de gas en determinados puntos nodales es, aproximadamente, tres veces más bajo en Estados Unidos que en Europa–, pero también, en segundo lugar, de la electricidad, dado que esta se produce asimismo en centrales eléctricas de gas.

¿Qué implicaciones tiene esto para nuestra industria, especialmente para aquellas empresas que dependen de unas tarifas energéticas competitivas para poder abrirse paso en los mercados mundiales? En unas declaraciones al periódico francés *Les Echos*, Jean-Pierre Clamadieu, consejero delegado del grupo químico franco-belga Solvay, afirmó que, frente a los 500 millones de euros anuales que su empresa debe sufragar actualmente en Europa en concepto de gastos de gas, desarrollar su actividad en Estados Unidos les permitiría ahorrar 300 millones de euros. En tales circunstancias, cabe preguntarse si no corremos el peligro de que se deslocalicen y busquen su futuro fuera de la UE sectores industriales enteros, como el de la producción de aluminio, que en 2009 representaba un volumen de negocios anual de 31.400 millones de euros y empleaba a 106.800 personas. Quizá el problema no alcance tales dimensiones, pero la tendencia a la desindustrialización de las economías europeas, que

se está verificando ya, podría acrecentarse. Entre 2000 y 2011, la parte correspondiente a la industria en el valor añadido bruto de la Unión Europea se redujo hasta situarse en torno al 16% del PIB.

En primer lugar, necesitamos una política industrial europea proactiva: una política que reconozca no solo que una sólida base industrial puede contribuir de manera decisiva a sacar a la Unión Europea de la actual crisis económica, sino también que la industria puede robustecer suficientemente nuestra economía para permitirle hacer frente a una competencia cada día más intensa en los mercados mundiales. Habida cuenta de la disminución que ha experimentado la contribución de la industria al valor añadido bruto de la UE, un objetivo político para la industria –como acto simbólico de inversión de la tendencia– cobra todo su sentido. En un reciente documento de estrategia, la Comisión ha fijado el objetivo de invertir el proceso de declive de la industria en Europa, incrementando su participación en el PIB del actual nivel aproximado del 16% al 20% en 2020. La reindustrialización ha sido largo tiempo “tabú”, por considerarse que los principales motores de la economía eran el comercio y los servicios. Sin embargo, el 80% de la innovación procede de la industria y el 75% de las exportaciones de la UE son de mercancías.

En segundo lugar, la política industrial debe también tener en cuenta que los precios de la energía son uno de los principales factores de competitividad y, en ese sentido, tienen tanta influencia como la cualificación de la mano de obra, la idoneidad del clima de in-

### Corremos el peligro de que sectores industriales enteros se deslocalicen y busquen su futuro fuera de la UE

versión, la innovación y la protección de los derechos de propiedad industrial, así como los precios de las materias primas. Si bien en Europa no podemos ahora reproducir, pura y simplemente, la revolución del gas de esquisto que ha registrado Estados Unidos, conviene, no obstante, que mostremos un espíritu abierto frente a ese recurso. Además, no cabe duda de que podemos disfrutar de precios más competitivos diversificando nuestros suministros de gas natural a través de nuevos gasoductos y terminales de gas natural licuado (GNL).

En tercer lugar, necesitamos una infraestructura paneuropea adecuada para el gas y la electricidad, que nos permita generar energía allí donde resulte más eficiente y suministrarla a los consumidores industriales más allá de las fronteras nacionales, sea cual sea el Estado miembro en el que se sitúen.

En cuarto lugar, debemos contar con un mercado interior eficaz del gas y la electricidad, libre de todo falseamiento e intervención estatal. Es esta una condición previa no solo para llevar a buen término la transformación de nuestro sistema energético y su adaptación a una sociedad de bajo nivel de emisión de carbono, sino, ante todo, para preservar una industria competitiva, cuyos beneficios, en términos de asequibilidad de la energía, crecimiento y empleo, se hagan extensivos a 500 millones de ciudadanos.

Antonio Tajani es comisario de Industria de la UE y Günther Oettinger es comisario de Energía.

